

Dios sí, Religión no:

Acercamiento a la realidad religiosa de la Juventud Actual

«Al alba del nuevo milenio se va afianzando una desafección, tanto por lo que respecta al ateísmo militante, como a la fe tradicional en las culturas del Occidente secularizado, presa del rechazo, o más simplemente, del abandono de las creencias tradicionales, ya sea en lo que concierne a la práctica religiosa, como en la adhesión a los contenidos doctrinales y morales. El hombre que hemos denominado homo indifferens, no deja por ello de ser homo religiosus en busca de una nueva religiosidad perpetuamente cambiante. El análisis de este fenómeno descubre una situación caleidoscópica, donde se da a la vez todo y lo contrario de todo: por una parte, los que creen sin pertenecer y, por otra, los que pertenecen sin por ello creer íntegramente el contenido de la fe y sobre todo los que no tienen intención de asumir la dimensión ética de la fe. Verdaderamente, sólo Dios conoce el fondo de los corazones, donde su gracia trabaja en lo escondido.» (Documento «¿Dónde está tu Dios?», Consejo Pontificio de la Cultura, N° 7).

Introducción:

Escuché en una ocasión al Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga hacer el siguiente análisis sobre la realidad de un aparente resurgir espiritual en el comienzo del siglo, coincidente con un enfriamiento creciente de la participación religiosa o eclesial. Decía:

«Algunos estudios señalan que un aumento de espiritualidad no es incompatible con un descenso de eclesialidad ni con un impacto decreciente de la religión en la propia vida. Hoy se saluda con gozo ingenuo el que la búsqueda de espiritualidad de nuestros días "trascienda" iglesias y religiones. Dada la exacerbación del sentimiento individual, la mayor parte de las veces sería más justo decir que esta búsqueda no es que trascienda, sino que no llega ni a la Iglesia ni a la religión, pues se aísla en la soledad del propio corazón.

Hace unos años hizo fortuna la siguiente escala: "en los 60 se decía "Iglesia no, Cristo sí"; en los 70, "Cristo no, Dios sí"; en los 80, "Dios no, religión sí"; y en los 90, "religión no, espiritualidad sí"". En realidad, esta evolución es un subproducto del individualismo ambiental. Quizá llega la hora de reflexionar sobre esta dinámica explosiva anti-encarnacionista que, al separarnos de lo concreto, parece que nos libera cuando realmente no hace más que debilitarnos, apartarnos de Dios y de los demás y encerrarnos en la soledad de nuestro propio corazón.»

No son pocas las personas que señalan con entusiasmo el decrecimiento de las posiciones ateas, especialmente de las fundadas en sistemas filosóficos, y el creciente interés de los hombres y mujeres de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI por realidades y experiencias espirituales. Sin embargo, como bien lo dice el Cardenal Rodríguez y como lo señala el documento citado como umbral de esta intervención, tal inquietud por lo espiritual no puede ocultar la realidad de una falta de sentido religioso y eclesial y, añadiría yo, de experiencia real de Dios y seguimiento de Cristo. Hace treinta o cuarenta años Dios era un tema que suscitaba apasionadas defensas de la postura de fe o de las diversas posturas no creyentes. Hoy, a pesar del interés de muchas personas por descubrir sus ángeles, sus buenas energías, o estar en armonía con el cosmos, y aún a pesar de la simpatía que como ejemplo de humanidad pueda despertar Jesucristo, lo cierto es que prevalecen las posiciones indiferentes, agnósticas y claramente no religiosas.

¿Cómo viven esta situación los jóvenes de hoy? Comencemos por aclarar que al decir los «jóvenes de hoy», incurrimos en el riesgo de las generalizaciones inadecuadas que nos llevan a juzgar la posible postura de la mayoría, fundándonos en lo que nos parece la postura de algunos, quizá de muchos. Con todo, con miras a poder realizar un acercamiento al problema religioso en la juventud actual, no tenemos más remedio que atrevernos a postular una cierta generalidad en las posiciones y sentimientos de los jóvenes, sin por ello negar que deben existir, tienen que existir, muchos casos particulares que cuestionan o contradicen lo que vamos a plantear. Asumiendo esta advertencia, habría que señalar que los jóvenes, como exponentes destacadísimos de la cultura predominante, viven especialmente estas posiciones de cierta inquietud espiritual que convive con una indiferencia religiosa y, a veces no sólo con una indiferencia, sino con una negación de la participación en una experiencia religiosa concreta. Esta realidad es la que explica el título asumido para esta charla: «Dios sí, religión no»; aunque, si afinamos nuestro acercamiento a las circunstancias de la juventud actual, habría que decir más bien: «Inquietud por lo espiritual, sí; Dios, tal vez; religión, no».

Desarrollaremos esta reflexión en dos momentos: En primer lugar, haremos un

acercamiento fenoménico a la postura que tienen los jóvenes ante lo espiritual, Dios y la religión; y en segundo lugar nos plantearemos algunas causas que explican el por qué de la realidad anterior.

1. Acercamiento Fenoménico a la actitud religiosa de la juventud actual

He dicho que el título más indicado para describir la actitud de la juventud actual sería: Inquietud espiritual, sí; Dios, tal vez; religión no. ¿Qué significa este planteamiento?

- ***Inquietud espiritual, sí:*** Los jóvenes de hoy no son los jóvenes con posiciones radicales de increencia de otros tiempos. Por lo pronto, no lo son, porque difícilmente tienen posiciones radicales sobre algo. De otra parte, su apatía y abulia para los temas filosóficos densos, su desinterés por la lectura de los grandes autores y su tendencia a fundamentar sus posiciones existenciales únicamente sobre sus opiniones, muchas de ellas emotivas y sentimentales, no favorecen la aparición de posturas no creyentes sólidamente articuladas en argumentos. Por eso, no tienden a ser ateos. Ahora bien, lo anterior no implica sin más que tiendan a ser lo contrario, es decir, creyentes, pues, por las mismas razones por las cuales les cuesta la radicalidad para no creer, les cuesta igualmente ser radicales para creer. Sin embargo, a pesar de no ser claramente creyentes ni ser claramente no-creyentes, es verdad que manifiestan una cierta inquietud espiritual en forma de preguntas o necesidades existenciales. El mundo que les rodea, tan obsesivamente centrado en la satisfacción de anhelos de posesión material y de placeres sensibles, suele dejar abierta en los jóvenes la herida de un «algo que falta». Ya en los años 60, los jóvenes de los movimientos underground comenzaron una búsqueda por hallar un sentido espiritual a la vida. El consumo de sustancias como el LSD, la psicodelia y hasta la peregrinación de los Beatles a la India, dan fe de un proceso de búsqueda de algo que la sociedad de consumo no podía ofrecer. Algo similar sucede entre los jóvenes de hoy. La inquietud espiritual se manifiesta como un malestar o resaca que deja en la juventud la vida social actual. Las

familias en crisis, la soledad creciente, las tendencias depresivas, la frustración interior que genera tener bienes o placeres y no tener un sentimiento claro de dicha, se convierten en una pregunta por si hay algo más, alguien más, algunos valores más en una dimensión espiritual. Tal pregunta no es otra cosa que la expresión de una necesidad planteada por anhelos a los que el mundo del consumo no responde y que, peor aún, son exacerbados por las deprivaciones, soledades y tristezas que muchos jóvenes de hoy sufren.

- **Dios, tal vez:** La inquietud espiritual de los jóvenes es lo suficientemente difusa para no ser necesariamente una opción por Dios. No lo es, porque en principio puede ser simplemente un anhelo y no necesariamente una búsqueda. La falta de radicalidad de la juventud actual, hace que desee algo; pero no necesariamente hace que busque con ilusión e intensidad eso que desea. De otra parte, la inquietud espiritual puede ser satisfecha sin necesidad de plantearse un encuentro personal con un Dios personal. Basta con buscar armonías, niveles de energías, limpiezas del aura, encontrar los números adecuados, ubicar la cama de acuerdo a las normas de fengshui o hallar el ángel asignado en el momento del nacimiento. Nada de lo anterior implica realmente una fe en un Dios personal. Incluso, al plantear la posibilidad de una creencia en Dios, éste puede ser una idea cósmica, una energía primordial, un sumo bien pseudoplatónico, o una especie de duende familiar que me escucha o me protege. Ni siquiera hay que creer ingenuamente que el Dios por el que optan algunos jóvenes, es el procedente del raciocinio sistemático al estilo de causa de todo lo que existe u ordenador que explica el orden universal, pues tales argumentos filosóficos densos, no son usuales para la juventud actual. Los términos más exactos para explicar el Dios que tal vez acogen los jóvenes a raíz de su inquietud espiritual, son los términos que ellos mismos suelen decir cuando se les interroga al respecto: «yo tengo un concepto muy personal de Dios». Es decir, su Dios, si tienen Dios, es el Dios que se imaginan, y lo imaginan a partir de sus necesidades concretas.
- **Religión, no:** Aunque durante los últimos años nos hemos visto sorprendidos por

gestos de militancia religiosa por parte de los jóvenes (asistencia masiva a las Jornadas Mundiales de la Juventud o a los encuentros de Taizé, participación numerosa en grupos religiosos conservadores —Regnum Christi, Comunión y Liberación, entre otros—, incremento de vocaciones de comunidades religiosas de vida contemplativa), lo cierto es que la mayor parte de los jóvenes no suele vivir con intensidad una experiencia religiosa. La expresión que muchos de ellos usan, «yo creo en Dios; pero no soy practicante», expresa muy bien el planteamiento de fondo: no es necesario militar en una confesión religiosa concreta para creer en Dios o para tener algún tipo de experiencia espiritual. Lo anterior explica las tres posturas más comunes ante la religión de parte de los jóvenes: la ausencia absoluta de militancia religiosa, la participación intermitente (algunas veces sí y algunas veces no dependiendo de realidades personales) o la participación superficial (por compromiso, por algún tipo de presión familiar o escolar o por curiosidad momentánea). En todo caso, en el occidente tradicionalmente cristiano y muy especialmente en los ambientes urbanos, prevalece de parte de los jóvenes una actitud que, sin negar necesariamente lo espiritual e incluso la fe en un Dios, no se plantea la participación en una experiencia religiosa como elemento fundamental de la vida.

2. Algunas causas de la postura juvenil ante la religión

La actitud de la juventud actual ante Dios y la religión es tan compleja y, en cierto sentido todavía tan nueva, que apenas estamos haciendo la reflexión sobre las posibles causas que la explican. Sin embargo y sin pretender ser exhaustivos ni decir todo lo que quizá se podría decir, podemos identificar dos fuentes causales preponderantes: una, a partir del entorno social y cultural, y otra, a partir de la misma religión y, en concreto, a partir de la misma realidad de la Iglesia.

- ***La influencia del entorno cultural y social:*** La experiencia religiosa implica varios elementos que, a la luz de la cultura postmoderna, neoliberal y consumista actual,

evidentemente entran en crisis. La religión supone una experiencia de Dios en comunidad, en un grupo de creyentes que no sólo transmite o testimonia una vivencia de Dios, sino que se reúne para actualizar sacramentalmente, simbólicamente la presencia de este Dios. Así mismo, la religión implica una visión utópica de la experiencia de Dios y de la vivencia de la misma comunidad creyente: lo definitivo no es hoy, lo definitivo es lo que se anhela como promesa, promesa hacia la cual se camina viviendo la misma experiencia religiosa. La religión, además, en cuanto experiencia compartida, implica la confesión de unos mismos elementos doctrinales, los cuales nos hermanan y nos hacen sentir miembros de un mismo grupo que busca a Dios. Y la religión supone un compromiso ético que, para quienes comparten la experiencia religiosa, es la visualización externa de la vivencia interior de Dios. El problema es que la cultura actual está hondamente marcada por realidades ajenas, o al menos distantes, de los valores religiosos antedichos. La preeminencia del individuo y de lo individual, hace difícil e incluso incomprensible la experiencia comunitaria. La crisis de las antiguas utopías, la visión pesimista del futuro, las tendencias depresivas, los imaginarios oscuros, relativizan y socaban los planteamientos utópicos propios de la religión. La renuncia al concepto de verdad, incluso de la verdad científica, la relativización de las doctrinas y la absolutización de las opiniones individuales, hace tremendamente difícil presentar una doctrina coherente y compartida y, hace aún más difícil atreverse a creer en ella. Y, por último, la nueva ética-estética fundada en el gusto y las apetencias del individuo, pone en jaque la posibilidad de asumir unos valores y una calidad de vida moral como testimonio explícito de la fe compartida. En síntesis, el mundo actual con todos sus conflictos, puede quizá despertar la inquietud espiritual en los jóvenes y hasta puede llevarlos a plantearse la pregunta por Dios; pero incapacita para la vivencia de la religiosidad propiamente tal.

Además de lo dicho más arriba, hay que reconocer que dos realidades presentes en sociedades y culturas anteriores, favorecían el planteamiento de la experiencia religiosa: por un lado, el sentimiento de pequeñez y vulnerabilidad del ser humano ante el mundo y, de otra parte, la conciencia de maldad o pecado. La cultura actual,

hija del progreso de la modernidad y del optimismo que han dejado los avances científicos y técnicos, no tiende a percibir la realidad como algo amenazante que justifique la presencia auxiliadora de una ayuda trascendente. Más aún, una juventud empoderada como la de hoy que, a menos que reciba golpes puntuales, no suele experimentarse atemorizada ante el mundo, no necesita plantearse la presencia de un Dios que le proteja ni la participación en una experiencia religiosa para invocar la ayuda divina. De otra parte, aunque durante siglos la humanidad tuvo facilidad para descubrirse pecadora, inclinada al mal y, por ende, necesitada de perdón y rescate, un rasgo de la cultura actual es que las nuevas concepciones morales, más amplias, más tolerantes, más adaptadas a diversas concepciones o gustos individuales, han conllevado una creciente dificultad para tomar conciencia de la situación de pecado y extravío. Sin conciencia clara de la pecaminosidad, hay menor conciencia de la necesidad de Alguien trascendente que perdone o salve y menos aún de la necesidad de un sistema religioso para acceder al perdón y a la salvación.

- ***La influencia de realidades internas de la misma religión:*** Ahora bien, no sería justo cargar toda la responsabilidad causal sobre las circunstancias del mundo actual. La religión misma, y en concreto la religión cristiana católica que fue la predominante en nuestros países, también ha colaborado causalmente en la actitud que la juventud actual tiene hacia Dios y hacia la experiencia religiosa. Algunos puntos para poner de relieve:

-La religión de cristiandad con su postura triunfalista, con su convencimiento de ser religión de masas y religión transmitida culturalmente de generación en generación, descuidó gravemente los procesos evangelizadores y catequéticos, especialmente los dirigidos a los niños y jóvenes. Todavía hoy en día, cuando muchísimas familias ya no forman en la fe, la Iglesia sigue creyendo que los rudimentos de la experiencia cristiana han de aprenderse en casa. Y, claro está, en muchísimas casas ya no se enseñan los elementos básicos de la experiencia de fe. Esto deja a los niños sin ni siquiera plantearse como realidad fundamental de su vida la fe. Cuando en la época escolar aparece con alguna fuerza o coherencia el discurso religioso,

éste resulta tan extraño, que termina siendo incomprensible para muchos niños y jóvenes.

-Los procesos de cuestionamiento de las posiciones filosóficas y teológicas tradicionales (anteriores al Vaticano II), aunque para los iniciados en la religión e incluso en la reflexión teológica han sido motivo de crecimiento en la fe y de profunda alegría, han tenido sin embargo efectos colaterales. La doctrina por todos conocida y por todos sabida que era fácil de transmitir a los hijos, dio paso a una nueva doctrina menos clara, más dependiente de la orientación del catequista de turno o de la escuela teológica del momento. Esto ha hecho difícil que las personas sin formación teológica, (padres, madres, abuelos y abuelas) siguieran transmitiendo competentemente la experiencia religiosa a los hijos. Al mismo tiempo, los cambios en la reflexión teológica, si bien son comprendidos y valorados por quienes conocen la teología, han resultado desconcertantes para los cristianos de a pie, quienes han sentido que su fe ha perdido el piso seguro que tuvo en otro tiempo. Tal inseguridad ha llevado a poner una sordina a la experiencia religiosa y a contagiar tal zozobra creyente a las nuevas generaciones (no saber en qué creer). Por último, el proceso desmitificador de las nuevas reflexiones teológicas, tan gozoso y bello para muchos de nosotros, ha supuesto para otras personas la pérdida de majestad de Dios, la vulgarización del Misterio y, por ende, una menor fascinación y atractivo por lo religioso.

-La experiencia religiosa estuvo muy centrada alrededor de lo cultural, litúrgico y sacramental, lo simbólico y lo ritual. Sin embargo, los cambios iniciados en los 60 y que incluyeron una creciente postura iconoclasta, llevaron a un empobrecimiento de la experiencia religiosa. El sentimiento fervoroso que existía hacia las personas con un oficio ritual o hacia los lugares y objetos sagrados, dio paso a una visión casi profana de los espacios, los objetos y las personas. Curiosamente las experiencias religiosas que más atraen hoy en día a los jóvenes, suelen hacer muchísimo énfasis en los iconos, los signos, los espacios celebrativos hermosos y sugerentes. Todo esto que hoy algunos procuran recuperar, fue diezmado durante décadas por una postura que hizo excesivo énfasis en la presentación racional y discursiva de la fe y

descuidó lo litúrgico, ritual y simbólico.

-De otra parte, aquel anuncio de fe que convocó a tantos jóvenes de los 60 y 70 alrededor de la construcción de un mundo más justo y de un compromiso con los pobres de la tierra, no se adaptó a los nuevos tiempos con suficiente rapidez y por eso, se quedó como una propuesta que emociona a los que tenemos más de cuarenta años; pero que no necesariamente convoca a esta juventud individualista y poco utópica de comienzos del siglo XXI. Es verdad, hay jóvenes con deseos de prestar algún servicio social; pero para prestarlo no es necesario confesar en comunidad una misma fe ni participar de una experiencia religiosa ni creer en un Dios. Basta con apuntarse a una ONG. Para colmo, tales jóvenes con inquietudes solidarias no son la mayoría. La mayoría están más preocupados por su propia soledad y su propia tristeza y poco, muy poco les dice la realidad de que a la puerta del mundo estén los que sufren.

-Por último, hay que reconocer que el antitestimonio de las instituciones religiosas, particularmente de la Iglesia y en concreto de miembros destacados de su estructura jerárquica, y la falta de coherencia entre lo anunciado y lo practicado, han justificado una postura de plantearse tal vez la fe en un Dios, pero no necesariamente la participación en una experiencia religiosa institucional concreta. En este sentido hay que tener en cuenta que los jóvenes, aunque en su vida personal no sean necesariamente coherentes, sí exigen coherencia en quienes pretenden formarlos y ganarse su admiración. Por eso, los casos de inmoralidades, pederastia o enriquecimiento de miembros de la Iglesia, aunque fueran aislados o minoritarios, han erosionado la confianza de la juventud en la institución religiosa y en lo que ésta pretende representar.

Unido a todo lo anterior, están esas otras causas que subyacen a las particularidades de una región, de una familia y de una persona. Porque lo cierto es que la tendencia a dejar a Dios más o menos entre paréntesis y tender a prescindir de la experiencia institucionalizada de la religión, es una cuestión compleja que no sólo se explica en virtud del entorno, sino que suele estar relacionada también con fondos profundos de la vida

personal, con vivencias afortunadas o desafortunadas de lo religioso e incluso con realidades que tienen que ver con el conocimiento y la aceptación de sí.

Y sin embargo, todos los que trabajamos con jóvenes, sabemos que a través de las marcas con las que lesionan algunos sus brazos, de las modas oscuras con las que protestan contra un mundo que no los colma, de la búsqueda frenética en drogas, fiestas, antros o placeres de algo que les dé sentido, están preguntando, buscando, aguardando una Presencia que haga de sus vidas algo que valga la pena celebrar. Porque no sólo son jóvenes empoderados, también son jóvenes dolorosamente vulnerables y dramáticamente solitarios. Y no son sólo jóvenes desconcertados éticamente, también son jóvenes que cargan pesados fardos de culpa y de dificultad para aceptar lo que son. Tal vez no lo saben o no han hecho conciencia de ello; pero buscan a Alguien que creen encontrar por un instante en un beso o en un instante de placer y a quien vuelven a perder al amanecer con la resaca que deja una noche de fiesta. Porque lo cierto es que conscientemente no se les nota mucha urgencia por Dios ni grandes deseos por hallarlo y celebrarlo en una experiencia religiosa; pero internamente, allá en los adentros donde anhelan lo que anhelan sin saber cuánto lo anhelan, necesitan urgentemente la presencia de Dios. Y a Dios, aunque la era acuario quiera hacerlo presente a través de energías, se le sigue hallando con los otros, a través de su testimonio y en la experiencia fascinante de hacer unidad en la diversidad, eso que llamamos «religión».

Termino narrando una anécdota de algo que me sucedió hace algunos meses con un grupo de chicos a los que estaba acompañando en un retiro. "¿Quiénes son esos?", me preguntaron unos alumnos de Preparatoria viendo el icono de la Trinidad de Rublev en el cual el Dios Uno y Trino está representado como tres bellos arcángeles sentados alrededor de una mesa fraterna signo del amor íntimo y total. Les dije que eran el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y les expliqué el sentido del icono. Y aquellos jóvenes que usan iPod, que ya no reciben instrucción de fe de parte de sus familias, que no suelen asistir a la Eucaristía, se quedaron maravillados viendo aquella pintura. Les añadí que si uno se colocaba delante del cuadro, podía ver que había un puesto libre en la mesa. Les dije que ese puesto era

para cada uno de ellos. Una chica se me acercó después y me dijo que ella deseaba estar sentada ahí, en ese puesto, para sentir que después de tanta soledad, al fin tenía una casa y al fin era amada de verdad.

Sí, son jóvenes empoderados y son los jóvenes de este mundo posmoderno, consumista e indiferente. Pero también son los jóvenes que guardan el deseo de tener casa, sentarse a la mesa y ser amados de verdad por alguien que no sea sólo una idea o una energía cósmica, sino por Alguien que tenga el sabor de una familia y pueda ofrecer el amor de un hogar al cual pertenecer.

JUAN JAIME ESCOBAR VALENCIA, SCH. P.